

GOLPE EN SIRIA

La situación en Siria es todavía indecisa. El hecho de que en la breve historia de su independencia (1946) haya conocido veintidós golpes de Estado (uno cada ocho meses), aunque muchos de ellos no hayan pasado de ser meras correcciones en los puestos de mando, indica que este tipo de acontecimientos son efímeros y que hasta ahora ninguno de ellos ha conseguido la estabilidad. Este de ahora, perpetrado por el ministro de Defensa contra el Presidente de la República, Nureddin Atassi —que había dimitido hace poco tiempo, pero había vuelto a ocupar su cargo— parece que se inscribe en la línea general de la política árabe predominante —Jordania y Egipto— que trata de sujetar por todos los medios las reclamaciones de los palestinos en exilio desde hace veinte años y, una vez apartada esa parte principalísima de la crisis poder llevar a cabo negociaciones de paz con Israel según los deseos de la URSS y los Estados Unidos.

Se presenta la crisis a veces como un enfrentamiento entre dos hombres —el golpista Assad, el Presidente Atassi—; a veces, como un enfrentamiento entre dos alas del partido Baas, la moderada y la revolucionaria; a veces, como una disputa entre militares y civiles. Conviene insistir en que, aun existiendo todas esas motivaciones, el alcance mayor del hecho es el reforzamiento de la posición pactante de los países del Oriente árabe, en el que Siria era, hasta ahora, una excepción. Se puede recordar que en septiembre pasado, cuando se desencadenaba la operación de Husein contra los refugiados palestinos (relatada con detalle en el número pasado de TRIUNFO, «La tragedia palestina en Jordania»), una columna blindada siria traspasó las fronteras para ayudar a las guerrillas palestinas, y que esta fuerza se retiró bajo una serie de presiones: Nasser advirtió a los sirios que los Estados Unidos estaban dispuestos a intervenir (según él, sus informaciones procedían de documentos encontrados en el «Jumbo» secuestrado el 7 de septiembre y llevado a El Cairo), la URSS avisó a Siria que ella no interpondría en su favor caso de producirse el desembarco americano, y, por otra parte, cuando se inició la retirada, los aviones de Husein atacaron la columna blindada y le causaron graves pérdidas. La tesis oficial siria en aquel momento, en vista del desamparo de los otros países árabes, de la URSS y de las amenazas de Israel y Estados Unidos, fue la de que sus tanques no eran realmente suyos, sino de los guerrilleros palestinos. Cuando la aviación jordana les atacó, la aviación siria no pudo salir en su defensa, en vista de que ello hubiera sido una participación oficial siria. Con todo ello, la expedición sobre Jordania constituyó un desastre en el ya movido campo interior sirio, y reforzó las tesis de los moderados: las de que debe considerarse la necesidad de negociar con Israel en lugar de continuar la guerra a ultranza. Ha quedado ya señalado en estas páginas más de una vez que toda la política diplomática y militar de Israel se centra desde hace tiempo en el objetivo de fortalecer a los moderados en todos los países árabes aislando a los palestinos. Ha conseguido importantes éxitos en este sentido y sus retrasos en comenzar las negociaciones de paz —pretextando ahora los movimientos militares egipcios en el canal de Suez— se deben a la seguridad de que el tiempo fortalecerá a los moderados. El desastre de la columna blindada fue importantísimo para esa política. Y el actual golpe de Estado ayuda a su intención. No es lo mismo negociar con los árabes habiendo un Gobierno sirio propalestino que en el caso contrario.

A partir del desastre de la columna blindada, los militares acusaron a los civiles, los moderados a los extremistas. El Atassi quiso dimitir,

pero se le retuvo hasta que el congreso del partido Baas tomase resoluciones. Estas resoluciones se mantuvieron secretas. Se decía en Damasco que se había determinado la dimisión del ministro de Defensa y se dice ahora que la acción del ministro se ha adelantado. Se decía también que la facción civil había dominado el Congreso y decidido rechazar cualquier compromiso con Israel, y que el levantamiento de la facción militar invierte la situación.

El partido Baas está muy lejos de ser un verdadero partido; es una forma del socialismo árabe, que también está muy lejos de ser un verdadero socialismo. Al ser un partido único y requerir la afiliación para ejercer cualquier puesto de poder pierde su fuerza doctrinal y se convierte en un trámite. Procede del socialismo árabe (como otros partidos únicos, como la Unión Socialista Árabe, de Egipto, como el FLN argelino), y es, sobre todo, un instrumento para la organización de masas. La idea general del socialismo árabe tiene escasas relaciones con el marxismo; tiende a un auge general de la civilización árabe, incluyendo la religión islámica, considera que la colaboración de clases es posiblemente mejor que la lucha de clases, y mantiene sectores de propiedad privada en la economía. El Baas, por su parte, parece presentar un frente más coherente, menos coyuntural, que los otros socialismos árabes. Su nombre completo es «El baas al arabi», la resurrección de los árabes, de forma que ya se indica su base tradicional. Muchos de sus teóricos aseguran que en el Corán y las tradiciones del Islamismo están escritas las bases del verdadero socialismo, de la misma forma que en Occidente muchos cristianos aseguran que el socialismo está contenido en los Evangelios. En un principio, el Baas era panarabista, y consideraba que debían abolirse las fronteras para cumplir la «misión histórica» de los árabes. A partir de ese momento comenzaron las escisiones y las dificultades, las tendencias, los regionalismos. El Baas en el poder en Siria no está considerado como ortodoxo; es regionalista y enfrentado con la dirección internacionalista.

La vaguedad en la formulación doctrinal del Baas permite que cada toma de poder sea seguida inmediatamente por una proclamación del vencedor, asegurando que los vencidos son fraccionalistas y que la verdadera ortodoxia del socialismo árabe es la que él representa. Esto es, exactamente, lo que acaba de suceder. El nuevo poder sirio ha utilizado el pudoroso verbo «neutralizar» para describir lo que ha hecho con los «fraccionalistas»: meterlos en la cárcel. Entre ellos, al propio Presidente de la República e incluso a algunos militares favorables a los guerrilleros palestinos. La guerrilla Saika ha perdido en la operación a sus principales dirigentes.

Por otra parte, los vencidos claman contra el fraccionalismo de los dirigentes. El secretario general del Baas ha tratado de movilizar a las masas «que serán capaces —ha dicho— de derrotar este motín militar». Se han lanzado órdenes de huelga general, de resistencia pasiva y de formación de guerrillas. Parece pronto para saber si estas medidas van a dar algún resultado. Todas las noticias que proceden de Siria indican que los autores del golpe «neutralizan» a quienes se les oponen y dominan la situación. No hay que olvidar que las noticias de Siria proceden de fuentes informativas estadounidenses, soviéticas, judías o de los países dominantes árabes, y, por lo tanto, parecen interesadas en apoyar a los vencedores. En cualquier caso, parece que su posición es por ahora sólida, aunque no debe excluirse la posibilidad de que las dos facciones del partido puedan llegar a una solución de compromiso.

Este sería el principal deseo de la URSS. Se sabe que la Unión Soviética no favorece la acción de las guerrillas porque las considera capaces de crear una situación explosiva en la que se vería envuelta, pero considera necesaria su existencia hasta un cierto punto, con el fin de forzar a Israel a las máximas concesiones en sus negociaciones de paz, y también como una fuerza viva y actuante que impide a muchos Gobiernos inclinarse definitivamente hacia los Estados Unidos. Husein estaría ya enteramente en la línea de Washington si pudiese. ¿Podría prolongarse en ese sentido la acción del nuevo Gobierno de Hafez Assad? No sería muy difícil.

El último golpe militar en Siria hace el número veintiuno desde 1946, año de la independencia. En la derecha, Hafez Al Assad, responsable del levantamiento. Era ministro de Defensa en el Gobierno anterior, del que era Presidente Nureddin Atassi (en el centro) y primer ministro Jussef Zayyen (en la izquierda).

